

DESCENDIENTES

NICOLÁS MUÑOZ



TÍTULO ORIGINAL: *Descendientes*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Nicolás Muñoz, 2018.
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2018
© de la ilustración de cubierta, Jesús Cisneros, 2018

ISBN: 978-84-15509-51-6
DEPÓSITO LEGAL: M-32407-2018

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2018

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

DESCENDIENTES

NICOLÁS MUÑOZ



La literatura no es un concurso de belleza moral.
Philip Roth

Es muy fácil, solo tengo que caminar veinte metros hasta el hotel Inglaterra, ir al área de negocios, comprar una tarjeta para internet y escribir a Henry. A mi hijo que no veo desde hace veintidós años. A mi hijo que abandoné cuando tenía seis años. A mi hijo que aparece en alta definición en la infame película de mi vida. Ya lo he rastreado en internet y lo he encontrado en Facebook. No lo he agregado como amigo, un padre no puede ser amigo de sus hijos. Los niñatos de Silicon Valley deberían tenerlo en cuenta y bloquear esa opción a los usuarios.

Camino hasta la pastelería francesa. Mi mesa en la esquina está ocupada por un par de chicas. Una es Jenny, la que tiene el bollo tatuado con un corazón. Le salió gratis, y eso que necesitó tres sesiones. Tres palos sin condón y unos buenos hongos para el tatuador, por comemierda. La otra chica no sé quién es. Jenny me hace un gesto, pero no me apetece sentarme con ellas. He soñado toda la noche con mi hijo. Hace unos días fue con mi madre, y antes con mi tía. Tal vez sean ensayos para la película que dicen que ves cuando vas a morir. El guion de la mía debe de haberlo escrito algún amargado, algún borracho de esos que tanto proliferan por aquí. Ocupo la mesa de la entrada, junto a una parejita de turistas franceses. Lucen anillos de oro relucientes. Brillan de amor. Seguro que ya colocaron su candadito en un puente de París. Sergito me trae mi café solo y mi rosquilla glasé sin que se la pida. Ya mismo te traigo el azúcar, asere.

En la terraza de al lado los músicos empiezan a tocar «El cuarto de Tula». El camión que viene a rellenar el depósito de agua enciende el motor, echa una humareda negra sobre los clientes, y aniquila a Tula y a su cuarto. Entre la nube pestilente emerge mi amiga la viejita. Encorvada, con los zapatos y los dientes destrozados. El chal de lana impecable, en verano y en invierno. Me sonrío con los ojos, sabe que le voy a dar sus diez pesos. Sergito el camarero dice que está loca, que su marido combatió con el Che Guevara, pero que luego lo pillaron llevándose por la izquierda los ladrillos de la empresa en la que trabajaba y lo metieron en la cárcel. No es fácil compadre. Le tiendo el billete a la mujer. El policía apostado junto al camión de agua no nos quita ojo. Es un guajiro de unos veinte años. Puede hacer que le caigan varios años de cárcel a la vieja por acoso al turismo. No va a hacer nada, la viejita lo sabe y pasa a su lado con insolencia. Mi marido luchó con el Che, parece decir su barbilla levantada. A quien sí que puede hacer mucho daño es a Jenny y a su amiga, ellas también lo saben, y por eso le dan parte de sus ganancias, o le pagan en especie. Llega una familia a comprar pasteles. El padre viste una camiseta de tirantes de Los Angeles Lakers que realza con orgullo su barriga. La madre pantalón vaquero clavado hasta los labios menores, tachuelas que dibujan el conejito de *Play Boy* en los bolsillos, uñas postizas negras. El niño gorra atrás y consola de videojuegos. Categoría: familiares en Miami. Con las remesas que les envían van a comprar pasteles que cuestan el salario mensual de un cirujano de aquí. Pago el café y me dirijo al Inglaterra. La compañera trabajadora de ETECSA encargada de internet luce el mismo bigote de siempre. No quedan tarjetas prepago, me informa mientras ahoga un bostezo. Voy al hotel Parque Central. Aquí sí hay, a diez seuses, la mitad de

lo que debe de ser el salario mensual de esta nueva compañera trabajadora de ETECSA. Tal vez de ahí su sonrisa. O tal vez ya sabe que la conexión no funciona. Regrese en media hora, me aconseja. Cosas del bloqueo de los americanos, bromeo. Me sonrío. Gastar una broma así hace unos años hubiese provocado que la mujer diese un respingo, que mirase a los lados a ver si alguien vigilaba su reacción, que pensase que yo bien podría ser un agente de la seguridad del Estado que le tendía una trampa. El país está cambiando, es una lástima que yo no vaya a poder disfrutarlo. La compañera de ETECSA me informa, en un tono confidencial propiciado sin duda por mi broma, de que la última computadora de la sala sí funciona. La silla tiene una mancha blancuzca en medio. Sería raro que alguien se hubiese masturbado frente a una computadora pública, pero cosas más extrañas se han visto. Cambio la silla y me conecto a Facebook. Hace tiempo que aprendí que las cosas pueden ser muy fáciles o muy difíciles, depende de lo que uno elija. Hola, Henry. Soy Mateo Perales, tu padre. Me gustaría saber de ti. Vivo en La Habana. Un abrazo.

MI PADRE

José Perales, mi padre, examinaba las tripas de los relojes con una lupa sujeta en el ojo, inmenso.

—Voy a arreglar el tiempo, para que no corra tan rápido —decía, y soltaba una risita.

Compraba y vendía oro; y en sus ratos libres diseñaba joyas. A mí me fabricó un colgante, un crucifijo de plata con falsos rubíes. El día que me hiciese mayor me los iba a cambiar por verdaderas piedras preciosas. Probablemente los agujeros que dejó el vidrio estén ahora llenos de mierda en una cloaca de un pueblo de Málaga.

Madrid. Una mañana de febrero de 1972. Los cristales de nuestro coche, del seiscientos recién comprado, blancos de hielo. Mis rodillas, rojas, entre los pantalones bermudas y los calcetines altos. Mi padre, encogido sobre el volante, tratando de arrancar el motor. El vaho que salía de su nariz. El tintineo del llavero con la virgen de Fátima.

Al final tuvimos que caminar hasta el colegio, mi padre con su maletín negro y su abrigo largo, yo con la cartera a la espalda. Junto a la cancela de entrada al patio se agachó y me dio un beso. Eso fue todo. Ninguna señal, ningún presagio.

Hasta que a las cinco de la tarde vi aparecer por el fondo de la calle el seiscientos y descubrí a mi tía Carmen al volante, con el cuello estirado para poder ver y un cigarrillo entre los dedos.

—Tu padre —me dijo— se ha tenido que ir de viaje. Un imprevisto. Y tu madre está un poco pachucha, así que te vienes a dormir a mi casa.